

EL CANAL PANAMEÑO Y LA ANFICTIONIA VISTOS POR MIRANDA

Por CARLOS MALDONADO-BOURGOIN

El Canal de Panamá y el entorno de una liga hispanoamericana de naciones, como llave de poder político, económico y cultural, pudo ser la respuesta para un porvenir y destino de signo diferente. Ambas ideas nacieron en seno hispánico. De haber sido atendidas a tiempo las dos proposiciones, una como complemento de la otra, esa brecha Norte-Sur de hoy, no sería —con toda probabilidad— tan irreversible y contrastante.

Francisco de Miranda, personalidad sin paralelo como partícipe de la historia, tuvo un papel de líder en los acontecimientos más importantes de su tiempo: la Guerra de Independencia de los Estados Unidos de América, la Revolución Francesa, e inició la carrera independentista iberoamericana. Su excepcional preparación intelectual e inteligencia le llevaron a adelantarse a una época. Miranda fue un avanzado al ver la importancia geopolítica de un paso interoceánico, acorde a la necesidad de una integración iberoamericana. Desde una óptica moderna, pragmática y de política librecambista la interpretó el Precursor. De uno y otro lado del charco, conmiseración e ironía fue el eco como respuesta a tales empresas.

De los Estados Unidos de América —por ejemplo— el presidente John Adams dijo a su correspondiente Miranda, en 1798, que tales ideas y planes suyos eran una quimera, que eran como el “intento de implantar la democracia entre las aves, los animales y los peces”.

Quien escribe estas notas —con especial ahínco— quiere esclarecer la elocuencia de ambos temas: el Canal de Panamá y la liga de naciones en el contexto general y en el pensamiento político del Precursor, don Francisco de Miranda. Al hacerlo, subrayo la intención del trabajo, que viene a ser la misma que señala Alvin Toffler en la introducción de su libro *La Tercera Ola*: “comprender que la pregunta correcta suele ser más importante que la respuesta correcta a la pregunta equivocada”.

Las exploraciones de Vasco Núñez de Balboa por la zona de Panamá entusiasmaron la Corte española en el terreno especulativo. Desde los años de grandeza de España se estuvo esbozando la idea de un paso interoceánico. Había algunos optimistas, y por supuesto, los más eran pesimistas sobre este particular. Don Pascual de Andagoya, súbdito del emperador Carlos V, informó acerca de

lo impropio de tal línea, mientras que López de Gómara la calificó como “obra de tan alto príncipe”. Las grandes guerras europeas llevaron al Nuevo Mundo la crisis entre las potencias. Ello obligó a Felipe II a ordenar la ejecución del “I. Plan de Defensa de las Yndias Occidentales”, dándose así inicio a las monumentales obras de Fortificación Abaluartada en América desde 1595.

Por mar y desde tierra, España comenzó a defenderse de la sistemática tenaza político-militar de Inglaterra, su principal enemigo, y de Holanda, Dinamarca y Francia entre otros países influyentes, con peso específico en la dinámica histórica.

Con Felipe de Anjou, primer monarca Borbón en España, quedó franca y abierta la rivalidad con Inglaterra. Punto flaco, para asestar el más formidable golpe militar y político fue el Istmo y el Mar de las Antillas. Hacia ese objetivo salió el almirante Vernon con una escuadra el 4 de agosto de 1739. El previsor plan inglés era arrasar “La Guayra”, conquistar Portobelo, y poner segura “Cartagena de Yndias” para luego penetrar el Sinú. “*Vernon Semper Viret*” y “*Porto Belo Sex. Solum Navibus Espugnat. Nov. 22-1739*”, reza la medalla conmemorativa de tal victoria expansionista británica.

Muchos autores y tratados sostienen la inferioridad manifiesta de España en el orden de hacer e indagar el mundo de las ciencias, la tecnología y la industria. Si es de referirnos a la “dependencia científica y tecnológica”, en el caso de las Artes de Fortificación Militar, no es cierta dicha subordinación. La ingeniería militar de la Península estaba a nivel de progreso con el resto de Europa. Cartagena de Indias es “la obra de arquitectura militar más grandiosa que el genio de España elevó en tierra de América”. Pero se debe destacar que, aquellas cajas fuertes abaluartadas, como antemurales de monumento, tenían como principal y única función defender las “reales rentas” de la usurpadora mano extranjera.

Al citar nuevamente al autor Toffler, nos queremos referir al esquema y reglas de juego que instauró España en sus Provincias allende los mares. Dice el explosivo ensayista: “Toda civilización tiene un código oculto, un conjunto de reglas o principios que presiden todas sus actividades y las impregnan de un repetido diseño”. Los extensos dominios y el imperio espiritual de la “*Unversitas Christiana*”, tenían el suyo. Era la actitud negativa a cualquier manifestación parecida a la de sus vecinos de la Reforma. España —en pocas palabras— era distinta al resto de Europa.

De tal modo distinta que, prescindir de Dios como hipótesis de trabajo para solucionar los problemas del mundo, de lo inmediato y lo cotidiano significaba (para cualquier hispanohablante de aquellos siglos) algo más que ir contra el linaje, la honra y los Señoríos. Max Weber demostró la relación íntima, entre la forma de vida y ética protestante, con la formación del estado capitalista moderno. En este sentido, el código oculto propuesto como civilización hispánica, vedaba cualquier apertura y comprensión hacia las transformaciones históricas que se iban a suceder. Tanto en la formación intelectual del individuo, como en el encauzamiento de acciones colectivas, podía extractarse un repudio del español hacia lo práctico.

Fray Benito Jerónimo Feijó lo expresó al transmitir esta deficiencia. Así lo refirió el benedictino en una de sus *Cartas*, con agitación que es angustia, cuando comenta las *Causas del atraso que padece España en orden a las Ciencias Naturales*: “No es una sola, señor mío, la causa de los cortísimos progresos de los españoles en las facultades expresadas, sino muchas, y tales, que aunque cada una por sí haría poco daño, el complejo de todas forman un obstáculo casi absolutamente invencible”.

Un hallazgo, descubrimiento o invento en sí, como novedad, es poco lo que puede hacer por modificar el modo de vida o el medio ambiente. La orientación y utilización dada al mismo hallazgo es lo que hace que una innovación cobre trascendencia. La brillante acuciosidad francesa y suiza —por ejemplo— sólo sirvió para la manufactura de sofisticados juguetes mecánicos para la nobleza y la alta burguesía. Mientras tanto la automatización creada por Joseph Marie Jacquard (1800) transformó la escala productiva en telares, además de otras aplicaciones, especialmente en Francia e Inglaterra. De un principio que sirvió de divertimento a una sociedad hedonista, surgió la utilización del mismo principio en beneficio de la colectividad, y de este rendimiento emerge el placer por añadidura. En el caso del modelo de la civilización hispánica, ni la pauta de frivolidad de los inventores franceses y suizos, ni el ejemplo práctico inglés fueron acicate suficiente para pulsar la creatividad en la Península. La tecnología y la industria como una nueva línea en el ascenso del hombre no fue comprendida. La polémica sentencia de Miguel de Unamuno “¡Que inventen ellos!” describe y encierra todo el significado de un proceso histórico, al cual hispanoamérica se involucró.

Por ello, la civilización hispánica, más allá del régimen mercantilista, no pudo trasegar una respuesta dentro de su acontecer. Ir a contrapelo de la historia puede ser una fatalidad.

Al dejar de señorear España en los mares, “el gozne defensivo del continente colombino” quedó pertrechado en tierra firme y en las Antillas que aún pertenecían a los dominios de la corona. La llave geopolítica, económica y cultural que se traduce en poder, era una línea interoceánica y una progresiva política de autoabastecimiento. Todo ello no pasó de ser un tema ameno de discusión en las corporaciones de ingenieros militares y salas de la nobleza ilustrada. Una visión global —vista no sólo en términos defensivos y de institución armada— careció de vigor. De este modo “la idea española de construir un canal continuó agitándose a intervalos durante el siglo XVIII. Las discusiones eran marcadamente académicas y, los planes elaborados, por lo general, vagos e imprecisos”.

Por otra parte, la administración territorial de todo un complejo continental se efectuaba de manera paternalista, poco productiva y a retazos. La división política de las distintas regiones obedecía más a caprichos que a criterios prácticos y administrativos. Con tal fueran llenadas las arcas con las “reales rentas”, poco importaba lo demás. El conjunto de normas reglamentadoras y fiscales para el fomento de la agricultura y ganadería, antes bien de estimular la iniciativa y lucro del latifundista nativo pechaban el libre desarrollo. Cuando más se monopolizaban los productos y la minería constituía el centro de atención del sector oficial.

Una idea de futuro, como el canal Atlántico-Pacífico, no se instrumentó y ejecutó. También se archivaron proyectos para mejorar el agro, los caminos, el engorde del ganado... Hacer un seguimiento hasta el destino final de los informes de Jovellanos sobre la Ley Agraria, en España, y el del neogranadino Pedro Fermín de Vargas, en América, es un buen capítulo al rubro del desdén.

“La fuerza de un mensaje que pudo transformar el rumbo de una época”, asentada en resabios feudales, no pudo liquidar en Antiguo Régimen.

El conde de Aranda, Ministro de Carlos III, propuso en pleno Siglo de las Luces la formación de tres módulos económico-políticos en las colonias americanas de España. Era dividir aquel indómito continente en tres reinos, bajo un modelo más o menos semejante a lo que hoy es conocido como la “Commonwealth”. El fracaso de esta idea, a la larga demostró que el despotismo ilustrado no tenía facultades para, desde arriba, reformar esquemas en una sociedad de estructura vertical. El plan de Aranda constituyó un desafío a la física como a la lógica dentro de un estamento de raigambre mágica.

Frente a esta problemática, reformadores y reformistas como Aranda, Jovellanos, Feijóo y hasta el mismo Precursor de la Independencia de Hispanoamérica, Francisco de Miranda, dejaron un legajo de propuestas, ideas e iniciativas. Todos ellos veían la caída en picada de un grandioso proyecto que fue el del Continente Colombino, unido por el humanismo cristiano. Había que lubricar los ejes y engranajes de una maquinaria estatal y un modelo de vida envejecidos. Fue el propio desgaste y el tiempo los que se encargaron de poner este aparato colonial fuera de servicio, y apartó al protagonista de la historia, al hombre, de su papel principal.

* * *

Francisco de Miranda (1750-1816) tuvo el título de Precursor por visionar el futuro. Su mensaje y doctrina no fueron un monólogo sino un diálogo con la historia. El tuvo el privilegio consciente de ser actor en el umbral de una época: antes, el ayer; hoy, el mañana. En esta bisagra histórica se permitió proyectar un cuerpo de pensamiento y acción impresionantemente rico para el continente colombiano, su más preciada preocupación.

En la introducción del presente trabajo, destacábamos el papel de líder que tuvo el Generalísimo de nuestra primera república en los acontecimientos políticos más importantes de su tiempo. La tríada de revoluciones universales la compusieron la norteamericana (1775), la francesa (1789) y el gran cambio social que significó la revolución industrial inglesa. En las dos primeras el caraqueño participó de cambios políticos, en la última fue fiel testigo de una larga cadena de cambios civiles como exilado que fue en Inglaterra. Vio cómo el campo y las aldeas británicas llevaban su empuje hacia la “city”. Allí Miranda era espectador y fue capaz de advertir el trance de toda una sociedad y, del porvenir de parte del mundo.

El mensaje político y social de Francisco de Miranda puede ser considerado síntesis de todos esos procesos en los que con ojo cauto criticó severamente sus

defectos, como pudo también enumerar sus tantas virtudes. Durante su permanencia en la recién independizada nación norteamericana, el Precursor advirtió el nivel de explotación al que una cultura estrictamente materialista puede llevar al hombre común. Miranda dijo en su *Diario* que en esa sociedad “los pobres harán ricos”.

La propuesta global de Miranda como estadista fue en base a una selección del conjunto de transformaciones que se estaban operando en el mundo, interpretación a la que supo agregar la base de un sano humanismo. Miranda, también en este orden de ideas fue innovador. En la particular visión suya como estadista, como líder de un movimiento que no alcanzó a ver concluido, el caraqueño hacía entrar en juego los valores de la civilización hispánica: el humanismo cristiano. “Trabajemos, pues, con perseverancia y rectas intenciones en esta noble empresa, dejando lo demás a la Divina Providencia, árbitro supremo de las obras humanas. Que cuando no nos resulte (a nosotros personalmente) más gloria que la de haber trazado el plan y echado los primeros fundamentos, harto pagados quedaremos...” Con estas palabras el Precursor iluminaba de esperanza al conspirador Manuel Gual en 1800.

La “obra magna” del caraqueño, como trabajador infatigable de una causa, fue el prefacio de la hora hispanoamericana, y hasta sirvió de “vademécum” en realizaciones tenidas por muy originales en la historiografía local. Francisco de Miranda fue el artífice del proyecto de un canal interoceánico como obra fundamental de infraestructura hacia una integración del Continente. Su visión fue más lejos a la referida concepción tradicional de los ingenieros militares peninsulares. Desde una óptica moderna, con lineamientos prácticos y capitalistas, dentro del concepto del liberalismo económico acarició el proyecto durante años el general Miranda. El estaba claro, su postura de librepensador le permitía zafarse de atavismos ideológicos e interpretaciones conventuales. En ello reside su valor histórico, y es lo que le distingue de otros planteamientos sobre la obra del canal, restringidos a un punto de vista disciplinario. Lo del caraqueño Miranda era plural, multidisciplinario, y de un poder de síntesis cónsono con las modernas ciencias del Estado.

* * *

El caraqueño inició su polémica, envidiada y brillante carrera militar en España hacia 1771. Obtuvo el bautizo de sangre como oficial de ingenieros en Melilla. Dentro de su *Diario* Miranda dejó registrados unos dibujos suyos del sitio de Pensacola en 1781, como testimonio gráfico de la destreza en el oficio militar. De servicio en Cuba se desempeñó como un hábil negociador de prisioneros en Jamaica y las Bahamas, cuando era edecán del general Juan Manuel Cagigal, gobernador de la antigua Juana. Todas estos elementos inducen y hacen presuponer —a quien escribe estas notas— que desde su juventud Miranda tenía una base y juicio suficientes sobre el paso interoceánico. Su avidez de lector, bien fueran libros prohibidos o no por el Índice, y su natural afán investigativo en tratados e informes de las Artes Militares, antecedieron su pasantía estadounidense, bajo cuya luz e inspiración comenzó a diseñar la Independencia de América Meridional.

El viajero ilustrado que se propuso ser, y en efecto fue, le permitió a Miranda hacer “el diagnóstico exacto de la vida de las sociedades en trance de cambio y evolución”. De este poco usual periplo de un hombre para esa época, y además realizado por un criollo, afloró la diversidad de criterios personales y críticos del Precursor. Conocer directamente Africa, Estados Unidos, Holanda, Prusia, Austria, Italia, Grecia, Rusia, Dinamarca, Suiza, Francia e Inglaterra dan autoridad a sus reflexiones.

La primera referencia mirandina a una línea interoceánica la encontramos en su valiosísimo *Archivo*. En tan preciado testimonio documental y memoria de toda una época, no sólo se entrelée su concepción geopolítica, sino un expedito sentido práctico: tiempo, personal y esfuerzo que tal proyecto podría ocasionar.

Dice así la cita que es primicia, y véase con atención la fecha en que ésta fue registrada:

“Me informó también dicho coronel, que dicho canal se había concluído hace tres años con el trabajo solamente de un mil hasta dos mil hombres y en término de siete años habían pasado más de 600 embarcaciones de nueve pies de cala, que es lo que admiten las esclusas. *Qué reflexión para quien ha visto y considerado el que podía hacerse en el istmo de Panamá...*”.

(Schleswig, Dinamarca/Alemania, 26 de marzo 1788)

El proyecto del paso interoceánico va progresivamente tomando cuerpo, se estructura y complementa en el pensamiento de estadista del general Miranda. El bien sabía que los mejores sitios se ubicaban en el Istmo y en el Lago de Nicaragua. Esa gran obra de infraestructura para el desarrollo no tenía en el Precursor un enfoque taumatúrgico, sino planteamientos concretos. Era la firme convicción —quizás ingenua en el caraqueño, pero real— de mejorar las condiciones económicas, sociales y morales del pueblo mediante el fomento de la industria y el intercambio mercantil, aunados a la difusión de la cultura bajo un régimen de tolerancia y libertades. Miranda como hombre de luces estaba atento a los notables progresos matemáticos, astronómicos, ingenieriles y de las ciencias en general, y presentía la trascendencia de que los hispanoamericanos asumiéramos la autoría y propiedad de esta obra fundamental del paso interoceánico.

No es necesario insistir en que algunos países y hasta la decaída España se pugnaban por conseguir o conservar la hegemonía en la zona del Istmo. Ello lo prueba un delicado “affaire” diplomático y de espionaje que provocó Miranda. El caraqueño había entregado a William Pitt (hijo) unos papeles confidenciales, y que de acuerdo a un estudio documental monográfico del historiador cubano José Luciano Franco, certifica la existencia de “los planos hechos aquí por el oficial Miranda para el reconocimiento del Istmo de Panamá por parte de Mandinga”. ¿Serían tan mentados y temidos “papeles” dibujos suyos, o una compilación de cuanto conocía sobre el tema el autodidacta insaciable que fue el Precursor?

Por ese año 1792, fecha de la alarma diplomática, el ilustre caraqueño jugaba a la carta de conseguir apoyo de las potencias europeas rivales de España. El sostenía la tesis política del ejemplo de la Independencia de los Estados Unidos de América. Los acontecimientos que desencadenó el gran curso frustraron esta coyuntura tan loable.

Era por convenientes razones de seguridad y defensa que los iberoamericanos controlasen un lugar tan estratégico. Miranda vendía la idea de una gran inversión, pero preveía la preservación y conservación de la soberanía territorial del paso interoceánico. El hábil *Pacto de París*, de 1797, invistió al venezolano como jefe continental de los conjurados contra el continuismo del Antiguo Régimen español, sobre todo ante los ojos de Pitt. El citado documento era explícito sobre este particular de la soberanía, porque garantizaba la navegación por el Istmo de Panamá y/o el Lago de Nicaragua “por cierto número de años del uno al otro lado con condiciones que por ser favorables, no serían exclusivas”.

Los probables intereses que suscitarían presiones imperialistas, en el marco del área de influencia de esta obra monumental, sumados a las ventajas comerciales que se concederían al grupo de naciones alineadas al eje, estaban contempladas en conjunto en la concepción de Miranda del paso Atlántico-Pacífico. Era más, la gran confederación de estados hispanoamericanos precisaba la capital en estos términos: “la Ciudad Federal será construida en el punto central (quizás en el Istmo) y llevará el nombre Augusto de Colón a quien el mundo debe el descubrimiento de esta bella parte de la tierra”.

Para concluir en cuanto al cuerpo doctrinario del general Francisco de Miranda, sus principios liberales pusieron en alerta la oligarquía criolla. Miguel de Unamuno es sintético sobre este tema en su ensayo *La crisis del patriotismo*, cuando divide el mundo en dos grandes bocados: el de los regionalistas que luchan contra cualquier competencia y libre cambio, y el de los que bajo estas normas de juego buscan la suprema integración. Antes de invadir costa firme con el “Leander”, las proclamas mirandinas de 1806 rezaban estos lineamientos: “Nuestras miserias cesarán con la tiranía. Nuestros puertos abiertos a todas las naciones (libre cambio) nos procurarán la abundancia de lo que necesitamos, y la salida de lo que nos es superfluo... Todo lo que contribuimos a la España... lo emplearemos en limpiar nuestros caminos, en hacer navegables nuestros ríos, en abrir nuestros canales para nuestro tráfico, en establecimientos para las ciencias y beneficencia pública”.

Es difícil precisar hasta dónde apuntaban los planes de Miranda. Su biógrafo soviético José Grigulievich Lavretzky, y la estudiosa venezolana de su archivo *Colombeia*, Josefina Rodríguez de Alonso, coinciden en algunas consideraciones. El grado de reserva del Precursor como conspirador fue máximo. Los proyectos de él como estadista estaban escritos para la idiosincrasia de los políticos influyentes europeos, de quienes pulsaba ayuda económica, militar y política, y para todos ellos el régimen monárquico constitucional era el límite del liberalismo y el librepensamiento. Pese a todo ello, de parecer un reformador moderado, a Miranda se le temió y adversó, muy especialmente en el mundo recoleto y prejuiciado hispanoamericano.

Lo que sí es importante destacar es que, ese hombre universal que fue Miranda, no podía presumir de blanco criollo. El fue víctima del regateo pertinaz de sus títulos y talentos en la vieja sociedad estamental, y ello obliga a pensar en una postura ideológica del Precursor poco goda, más democrática. Su actuación en Venezuela, entre finales de 1810 y mediados de 1812, así lo confirma. Orientó la Sociedad Patriótica, como grupo de opinión hacia la total independencia durante las jornadas que precedieron a su declaración y firma. Dicho club de patricios, como manifestación genuina forcejeó por la instauración de una república constitucional. El Generalísimo captó el gremio de los pardos para neutralizar la inestable posición suya frente a la recelosa oligarquía criolla.

La etiqueta de un centroeuropeísmo y de una sofisticación extrema, puesta al conjunto de conceptos y doctrina política de Miranda, se desdice por sí misma cuando una tras otra de sus ideas se han aplicado en América y Europa con el paso de los años. El caraqueño fue un adelantado. Era el progresismo del siglo XVIII, la Ilustración reformista encarnada en un hombre. Francisco de Miranda puede ser considerado como un radical, un precursor de importantes iniciativas, y su ejemplo pudo transformar a tiempo toda una época: reformó el régimen carcelario, abogó por el voto femenino, inició el agrarismo en América, fundó el periodismo político del Continente, promovió el Canal de Panamá. . . Todas estas primicias obligan a mencionar el excepcional ejemplo del americano universal en la guía de las originalidades trascendentales. No en la guía Guinness de la necedad.

* * *

En 1810 llegó una misión diplomática a Londres. Simón Bolívar, Andrés Bello y Luis López Méndez se encontraron con el ya legendario decano de la independencia de América Meridional. Se reúnen con el hombre que merece entre otros títulos el de promotor de la integración iberoamericana y del Canal de Panamá. La diferencia generacional entre ellos era considerable. Miranda tenía sesenta años, Bolívar veintisiete, Bello veintinueve y López Méndez cuarenta años. Esa reunión fue cumbre, porque en Londres tres glorias de la historia de todo un continente dejaron marcadas las líneas maestras de la fulgurante carrera de América hacia un destino.

La residencia del general Miranda era —desde hacía años— la legación sentimental de la causa colombina en Inglaterra. Desde principios de siglo la casa del venezolano en Londres era centro de ilustración y vigilia para los conjurados contra España. “Mi casa en esta ciudad es y será siempre el punto fijo para la Independencia y libertades del Continente Colombino” decía el propio don Francisco. En el céntrico Bloombury —27 Grafton Street— la comunicación del experto peregrino y “Quijote de la Libertad”, que fue Miranda, con la generación que hubo de ejecutar sus planes, acariciados con tesón y talento hacía treinta y cinco años, se inició. Allí se produjo la transferencia.

“En la casa de Grafton Street hizo Miranda para Bolívar y Bello la revelación de América como causa, objeto y meta del vivir trascendente”.

Los jóvenes e inexpertos diplomáticos tenían órdenes desde Caracas de tratar a distancia al general Miranda, por razones a las que antes adujimos de prejuicio y recelo de la oligarquía criolla. El aval histórico y moral que los delegados hacen del temido “jacobino” Miranda, es digno de ser extractado en sus partes más significativas:

“Miranda es un hombre que reúne eminentemente las cualidades constitutivas de un Patriota celoso, de un general experto, y de un profundo político”. “Ni aun sus enemigos se han atrevido a negarle una superioridad extraordinaria de luces, experiencia y talentos. A la verdad sería absurdo suponer que un individuo desnudo de estas cualidades, y sin recomendación alguna exterior hubiese podido sostener un papel distinguido en las cortes, introducirse en las sociedades más respetables, adquirir la estimación y aun la confianza de una infinidad de hombres ilustres, acercarse a los Soberanos, y dejar en todas partes una impresión favorable”.

En la transferencia de conocimientos que el ducho general caraqueño, con experiencia en África, Estados Unidos y Francia, estaban presentes tres conceptos básicos: cultura, espacio y el Estado. No es necesario insistir sobre el nivel de avanzada, que impregna el “corpus” doctrinario de Miranda, en el campo de las ciencias del Estado. El legado del mismo se dio en el pensamiento del Libertador con singular interpretación de la Nueva América. En ambas hipótesis políticas, la del Precursor y la de Bolívar, el humanismo era faro de todas las virtudes y luces del nuevo hombre, gestado en el Continente Colombino después de la emancipación. Los padres de la Geopolítica, como ciencia moderna del Estado, combinaron algunas de estas nociones y en ellas la cultura juega una carta decisoria e importante. Esta disciplina fue iniciada en la segunda mitad del siglo XIX, por tratadistas como Alford J. Mackinder (1861-1947), quien visualizó el corazón del globo, con el eje de desplazamiento del centro de poder y el paso interoceánico como llave. Federico Ratzel (1844-1904), por su parte, enunció los principios intuitos por Miranda y por Bolívar medio siglo antes: “los grandes espacios conservan la vida de los pueblos”, y, finalmente, “el espacio y el Estado crecen con la cultura”.

Una pregunta correcta es más importante que una respuesta correcta a una pregunta equivocada. ¿Cuatrocientos años no fueron suficientes para instrumentar la palabra y la acción, si es a la integración y al Canal de Panamá a que nos referimos? El general Miranda tenía una gran enseñanza que dar a esa juventud que le visitaba en Grafton Street. Estaban en Inglaterra, isla donde desde 1760 se estaba verificando diariamente una gran transformación: la revolución industrial. El Precursor sabía que la escuela y la universidad no habían tenido un papel decisivo en la ignición de las grandes revoluciones universales. La revolución que se gestaba a la manera inglesa no la produjo Oxford ni Cambridge. La educación tradicional, antes bien, sólo sirvió para entorpecer las mentes creativas. El talante de hombres prácticos, con su cotidiano quehacer y creciente exigencia, permitió que personajes como James Brindley, y el gremio de los “navvies” transformaran las redes de comunicación natural, en canales de navegación a su escala e inmediatas intenciones. Hombres insignificantes agrupados hicieron posible el empuje de la revolución industrial. La ciencia y la tecnología concebida

como empresa social, rompió la época de oro de la institución universitaria empuñada en la difusión de temas clásicos.

* * *

La liga de naciones y la línea Atlántico-Pacífico, como principio esencial de la comunidad iberoamericana de naciones, fue retomado y asumido con coraje por un joven que será dominador de dificultades. Desde Jamaica se refirió al gran proyecto este forjador de naciones, este "alfarero de pueblos", cuando en carta a un caballero de Kingston dijo: "¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos!". Años después para contrarrestar el pernicioso efecto de la Santa Alianza, Bolívar convocó a un Congreso Anfictiónico en Panamá: "El Istmo es el vehículo del universo, cuyos canales acortarían las distancias del mundo y traerían a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo".

Desde aquellos años los grupos ilustrados y las sociedades científicas pusieron en tapete de actualidad la gran revelación de América y su Istmo. El paso a dos océanos fue objeto y materia de comentarios y especulaciones. Alexander von Humboldt, amigo de Simón Bolívar desde sus pasos por el Continente, desempolvó el proyecto del canal y lo avivó del marasmo en que se encontraba cuando Miranda dejó Grafton Way, en Londres, para nunca más volver. La tradición oral del ejército libertador dice que fue el prócer y médico valenciano Máximo Palafox, quien sugirió a don Simón efectuara los primeros estudios de la línea interoceánica en el año 1819, en plena época triunfalista de las victorias civiles y militares de Angostura, paso de los Andes, Pantano de Vargas y Boyacá. Diez años después el Libertador por indicación del barón alemán, aquel que recorrió la geografía en busca de la lectura de las leyes del cosmos, hizo practicar las mediciones encaminadas al trazo del Canal de Panamá.

Terribles enemigos conspiraron a tiempo completo contra la fuerza de gestión de la unidad continental. Las dos columnas centrales de esa estructura hacia el porvenir económico, social y cultural hispanoamericano, como la integración y una obra de infraestructura en el Canal de Panamá quedaron en sus basas. Fueron causas que sumadas formaron "un obstáculo casi absolutamente invencible". Las antinomias, el caudillismo, los grupos oligárquicos, la mediocridad a flor de piel se ayuntaron para frustrar una idea que evidentemente todavía conserva su vigente importancia. El poder fue interpretado con un afán de presente, las plutocracias hicieron juego a la gran confabulación internacional, que neutralizó la fuerza y vigor de la grandeza de España con su gesta en el Continente Colombino. Todavía hoy, intereses foráneos de manera abierta o velada, luchan contra la sombra que Hispanoamérica podría darles. Ya no es un problema Norte-Sur, exclusivamente, sino de orden Este-Oeste.

Así, el Canal de Panamá terminó no siendo hispanoamericano, y mucho menos hecho y labrado con esfuerzo inteligente nuestro. Los países subdesarrollados de la América española para su seguridad y supervivencia ni siquiera intentaron una alianza política, económica y militar y hasta ideológica en torno a su

soberanía en Panamá. La doctrina Monroe, el panamericanismo, no fue una doctrina negociada ni consultada, fue un catecismo impuesto de hermano mayor a menor. Así, en estas condiciones, Fernando de Lesseps, gracias a la intervención del destacado ingeniero británico Sir John Hawkshaw, concluyó el Canal de Panamá con capital estadounidense. Desde entonces la América de la doble águila ha sacado provecho a una idea nacida en el seno de la civilización hispánica. Hawkshaw había sido un profesional contratado por la Bolívar Mining Association en Venezuela hasta 1837. Nuestro país, el mismo de Miranda y Bolívar, fue el escenario que vio los primeros pasos de este estelar ingeniero que contribuyó con su creativa disciplina a calcular Suez, Panamá y pensó la factibilidad del túnel submarino en el Canal de la Mancha.

* * *

En la coyuntura histórica actual hispanoamericana, nuestros pueblos y sus hombres no pueden hacer sus destinos, sino sufrirlos. El concepto de soberanía nacional tiene en el presente más relación con la propiedad industrial, el derecho mercantil, la balanza de pagos y las transnacionales, que con las ciencias del Estado, la geopolítica, la filosofía de Hobbes, las doctrinas de Austin o los mapas secretos y estrictamente confidenciales de la secretaría de defensa.

Valgan estas notas que hablan de cosas pasadas para vislumbrar el futuro. Valgan estas notas también como un contenido homenaje a los padres de la gran nacionalidad hispanoamericana: Francisco de Miranda, el Precursor, y Simón Bolívar, el Libertador.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Archivo del General Francisco de Miranda* (Negociaciones).
- DIÓGENES A. AROSEMENA. *Historia documental del Canal de Panamá*. Universidad de Panamá, 1962.
- JACOB BRONOWSKI. *El Ascenso del Hombre*. Fondo Educativo Interamericano. Estados Unidos, 1979.
- ANTONIO EGEA LÓPEZ. *El pensamiento filosófico y político de Francisco de Miranda*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Nº 42. Caracas, 1983.
- JOSÉ LUCIANO FRANCO. *El Gobierno Colonial de Cuba y la Independencia de Venezuela*. Estudios Monográficos de Casa de Las Américas. La Habana, 1973.
- PEDRO GRASES. *La Casa de Francisco de Miranda en Londres* (Discurso. Londres, 17/XII/1983).
- JEAN HUTEAU. *La Transformación de América Latina*. Editorial Tiempo Nuevo. Caracas, 1970.
- JOSÉ GRIGULIEVICH LAVRETZKY. *Miranda*. Ediciones de la Contraloría. Caracas, 1973.
- AQUILES E. LÓPEZ SÁNCHEZ. *Pensamiento geopolítico y militar de Simón Bolívar*. Avilá Arte Impresores. Caracas, 1983.
- VÍCTOR MALDONADO MICHELENA. *La Crisis Centroamericana*. Diario "El Universal". Caracas, 19/IX/83.

- FRANCISCO DE MIRANDA. *Colombeia* (El viajero ilustrado). Tomo VI. Con estudio de Josefina Rodríguez de Alonso. Ediciones de la Presidencia de la República, 1983.
- CARLOS RANGEL. *Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario*. Monte Avila Editores. Caracas, 1976.
- MARCEL ROCHE. *Descubriendo a Prometeo*. Monte Avila Editores. Caracas, 1975.
- JUAN RÖHL. *501 Pequeñas Historias*. Monte Avila Editores. Caracas, 1971.
- JOSÉ LUIS SALCEDO BASTARDO. *La Casa de Miranda en Londres* (Crisol del Americanismo). Cuadernos Lagoven.
- MIGUEL A. VILLARROEL. *Miranda y el Canal de Panamá*. Ediciones del Instituto de Estudios Históricos Mirandino. Caracas, 1975.
- JUAN MANUEL ZAPATERO. *Historia de las Fortificaciones de Cartagena de Indias*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1979.
- JUAN MANUEL ZAPATERO. *Historia de las Fortificaciones de Puerto Cabello*. Ediciones del Banco Central de Venezuela. Caracas, 1977.